



## Democracia y la ciudadanía política en América Latina

Marcos Roitman Rosenmann \*

---

*Aportes*, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XVII, Número 44, Enero - Abril 2012

Con base en una revisión del escenario de distintos países, este artículo argumenta cómo las luchas ciudadanas se nutren de todas las experiencias que han ido moldeando la alternativa democrática, socialista y antiimperialista, y cómo el proyecto democrático y la construcción de ciudadanía plena conllevan plantearse la reflexión de la construcción de un horizonte de paz, justicia social y dignidad, propuesta, incompatible con el capitalismo depredador y excluyente.

*Democracy and political citizenship in Latin America*

*Based on a review of the situation from different countries, this article argues how the citizen struggles are nourished by all the experiences that have been shaping the democratic alternative, socialist and anti-imperialist, and how the democratic project and the construction of citizenship entail arise the reflection of construction of a horizon of peace, social justice and dignity, proposal, incompatible with an exclusive and predatory capitalism.*

\* Profesor titular de Sociología, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

¿Existe una relación directa entre la apertura de espacios democráticos y la articulación de ciudadanía política? Todo parece indicar que sí. Pero la relación se presenta problemática y muchas veces esquivada. Hoy, asistimos a la destrucción de la ciudadanía política en pro de un nuevo ídolo social, el consumidor. Aún así, hablamos de orden democrático y democracia de mercado. Tal realidad ha sido posible debido a una pérdida de centralidad de lo político, producida partir de los años setenta del siglo XX y acelerada tras el fin de la guerra fría.

Con el triunfo aliado frente al nazifascismo e inaugurada la etapa de la guerra fría se fue perfilando el debate teórico-político por donde circuló la alternativa democrática. La dicotomía capitalismo-socialismo y la discusión estructural-funcionalismo y marxismo, sellaron las fronteras. La democracia estaba ligada inexcusablemente al capitalismo o al socialismo. Los determinantes de clase eran fundamentales para avalar las propuestas y definir los proyectos. Nadie, en su sano juicio hubiese planteado una democracia «sin adjetivos». Concepto que se popularizó en los años ochenta del siglo pasado. América latina no fue ajena a esta dinámica. Si bien durante un siglo y medio, la democracia fue declarada persona non grata en la región, por ser, sus pueblos, considerados gentes no aptas para su ejercicio y

tildados de «ignorantes, incultos e incapaces de vivir en democracia»; concluida la segunda guerra mundial, será reivindicada por las clases dominantes para establecer una nueva legitimidad institucional.

Órdenes sociales pluripartidistas, con partidos obreros legalizados y sindicatos reconocidos buscarán su entronización en un nuevo contexto. Se generalizó el voto libre, secreto y universal a los hombres y las mujeres mayores de 21 años. El límite lo establecía el saber leer y escribir. Pero, en los años cincuenta del siglo XX, la población mayor de edad analfabeta en la región superaba el cincuenta por ciento. Sin olvidar que entre los pueblos originarios, su tradición oral, hacía que la proporción fuese aún mayor. Lo cual, en los hechos suponía su exclusión como ciudadanos. Sin embargo, la imagen de regímenes oligárquicos, tiránicos y fraudulentos, cedía paso a una visión dulce, democrática y permisiva del poder político nacido en tiempos de guerra fría.

El desarrollo e implementación del proyecto democrático fue asumido como parte de los objetivos de las «pujantes» burguesías reformadoras, quienes les proporcionaron un sesgo acorde a sus convicciones. Para burguesías locales, no acostumbradas a reconocerse en la democracia representativa, la existencia legal de partidos comunistas y socialistas suponía un peligro. Era necesario

acotar y definir las reglas del juego para la práctica de la democracia. Se trataba de blindar y encajar la democracia dentro de una lógica política de capitalismo inclusivo. El enemigo interno, la seguridad hemisférica y la política de compensaciones eran el punto de partida, para redefinir las estratégicas, en tiempos de guerra fría. El desarrollo del Tratado Interamericano de Defensa Recíproca (TIAR), se configuró como el escudo frente al comunismo y una posible agresión extracontinental, proveniente de la URSS. Un nuevo panamericanismo, bajo el manto de la OEA, consolidó el papel subordinado de América Latina al nuevo poder hegemónico, los Estados Unidos. El imperialismo se redefinió. Por primera vez en la historia mundial, el eje geográfico pasaba al nuevo mundo. Los Estados Unidos propusieron su *pax americana*. Inversiones directas, control ideológico y proyección estratégica de su estilo político de desarrollo. Bajo su paraguas, las clases dominantes latinoamericanas se plegaron a los Estados Unidos y decidieron cambiar soberanía por seguridad. Las burguesías renegociaron la dependencia y los proyectos de cambio social, estableciendo leyes, en el marco de la seguridad hemisférica, que se extendieron por toda la región, que serán conocidas como «leyes de defensa de la democracia» (Saxe-Fernández, 1971 y Connell-Smith, 1966).<sup>1</sup>

Los partidos de izquierda estigmatizados, fueron considerados parte de una conspiración internacional para destruir la de-

mocracia. La izquierda social cayó bajo el mismo rótulo. De esta manera se tildó a sus militantes de manipuladores y desafectos de la democracia representativa. Acusados de anti-demócratas, se les persiguió, ilegalizó, encarcelando o directamente asesinando a sus militantes. El argumento no abrigaba dudas. Comunistas y socialistas buscaban los huecos que dejaba una joven e ingenua democracia para socavar sus bases e instaurar, a posteriori, una «dictadura del proletariado». El anticomunismo de principios del siglo XX dio paso a una modalidad maniquea: mundo libre versus comunismo. Desde el Consejo de Seguridad Nacional, el establishment político de los Estados Unidos presentaba la estrategia global que definía las relaciones Este-Oeste. Conocido como documento NSC-68 sus «dos aspectos centrales son la extensión del conflicto con la Unión Soviética a escala mundial y el llamado a un rápido desarrollo político, económico y sobre todo militar para hacer frente a una amenaza considerada como inminente... El documento define el objetivo soviético señalando que la Unión soviética...está animada por una nueva fe fanática, antitética de la nuestra, y busca imponer su autoridad absoluta sobre el resto del mundo. Esta amenaza global sólo podía ser enfrentada por una política también global capaz de expresar el conflicto básico entre la idea de libertad bajo un gobierno de derecho y la idea de esclavitud bajo la oscura oligarquía del Kremlin» (Insulza, 1984: 320).

Las leyes de defensa de la democracia impusieron una concepción restrictiva de la democracia y rócana de la ciudadanía polí-

<sup>1</sup> Para todo este período véanse a Saxe-Fernández (1971) y a Connell-Smith (1966).

tica. Cosmovisión que pervive en la acción política de las clases dominantes latinoamericanas. Su espíritu se encuentra en los discursos configurados bajo la lucha contra el terrorismo internacional, el narcotráfico o el crimen organizado. En pleno siglo XXI, los argumentos esgrimidos para justificar los intentos de golpes de Estados a los gobiernos legítimos de países como la República Bolivariana de Venezuela, Ecuador o el Estado Plurinacional de Bolivia, siguen el itinerario del discurso anticomunismo. Sin olvidarnos de Honduras, donde se destituyó al presidente Manuel Zelaya. El anticomunismo adopta formas novedosas una vez concluida la guerra fría. En Colombia, por ejemplo, se ha practicado, con la excusa de la presencia de las FARC, el exterminio, asesinato, desarticulación de la izquierda y el genocidio. Bajo la tapadera de la «seguridad democrática», se abrió el período más negro de su historia contemporánea.

El miedo a una revolución social anida en la mente de las clases dominantes latinoamericanas. La Revolución Mexicana despertó las alarmas. Era mejor ensayar la contrarrevolución. Los asesinatos de Francisco Villa y Emiliano Zapata, marcaron el punto de inflexión. Para las oligarquías latinoamericanas la elección era simple. Cooptar las disidencias, integrar la oposición y excluir, reprimiendo, cualquier proyecto democrático. Las oligarquías se dieron a la tarea de adelantar acontecimientos. Así, la influencia de la revolución mexicana fue minimizada. Destellos de su fuerza lo encontramos en las luchas antiimperialistas de Cesar Augusto Sandino y la generación de intelectuales

anti-imperialistas que se convirtieron en referente de época.

La crisis de entreguerras favoreció el nacimiento de nuevas dictaduras militares destinadas a mantener en el poder a las oligarquías plutocráticas. Machado en Cuba, Leguía en Perú, Ibáñez del Campo en Chile, Iriburu en Argentina, Terra en Uruguay, Estrada Cabrera y Ubico en Guatemala, Maximiliano Hernandez en El Salvador, Vargas en Brasil o Trujillo en República Dominicana. Las luchas democráticas adoptaron formas insurreccionales, pero los años cincuenta marcaban otras prioridades. La guerra fría impuso una nueva agenda para hacer frente al enemigo exterior e interno.

La necesidad de articular un cambio social, manteniendo el control sobre la población, trajo el primer proyecto modernizador adosado el modelo de democracia representativa atesorado por las clases dominantes. Ampliar las libertades individuales y conceder derechos sociales se convirtió en necesidad. Los primeros en suministrar un cuerpo teórico fueron los sociólogos de la modernización. Sus análisis enfatizaron la relación unívoca entre la apertura de espacios democráticos y el fortalecimiento de la ciudadanía política, haciendo hincapié en el vínculo existente entre desarrollo y democracia. En otros términos, subdesarrollo y democracia eran incompatibles. El capitalismo debía abrir las puertas a la movilidad social y facilitar la consolidación de unas clases medias progresistas, colchón que evitaría un conflicto social rupturista, propio de sociedades pre-capitalistas o semi-feudales.

Para los Estados Unidos y sus aliados occidentales, contar con una teoría universal del desarrollo capitalista, inexistente hasta los años cincuenta del siglo XX, era de vital importancia. La propuesta para su redacción fue encargada, desde el Consejo de Seguridad nacional, al profesor de Harvard y historiador de la economía política, W. W. Rostow, cuya obra no dejó indiferente a nadie. *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, constituyó el vademécum de las reformas llevadas a cabo por las burguesías locales en los estados latinoamericanos de post-guerra.

En América Latina, dos aportes se sumaron al relato de las etapas del crecimiento económico. La primera vino de la mano del sociólogo español-republicano, exiliado tras la guerra civil, José Medina Echavarría. Su ensayo, *Las consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina*, se convirtió en un texto de culto. La segunda aportación, se debe a otro exiliado europeo, esta vez italiano, Gino Germani, que recaló en Argentina, huyendo del fascismo. Sus ensayos: *La sociología de la modernización*; y *América Latina una sociedad en transición*, siguen siendo de obligada consulta para comprender la realidad continental.

En ambos autores existe una complementariedad teórica, en tanto se declaran deudores del paradigma weberiano. La idea de racionalidad formal y material y la tipología de la dominación constituyen el encuadre de análisis teórico-metódico. Para José Medina Echavarría, un proyecto democrático con posibilidades de éxito suponía establecer: «Primero, un mínimo de representa-

ción, sean unos u otros los procedimientos electorales y los regímenes de partido de acatamiento de sanciones de la opinión pública. En segundo lugar —posibilitar—, la existencia y el mantenimiento de las denominadas garantías individuales, elemento liberal sin el que toda democracia perece. Y por último, y en tercer lugar, —ofrecer— una participación social efectiva, en grado mayor o menor [...] sociológicamente hablando —para Medina Echavarría— la democracia no es otra cosa que un hecho de participación. Y este hecho no queda reducido al momento de una elección, al de la emisión de un voto, o al cumplimiento temporal de otras actividades estrictamente políticas, sino que la auténtica participación democrática del ciudadano se extiende a través de todo el cuerpo social por la diversidad de sus grupos activos(...) tal es la importancia que hoy se concede a este hecho de la democracia como fenómeno de participación...»(Medina, 1980: 196 y sig).

Por su parte, Gino Germani puso énfasis en el proceso de modernización y secularización política. Su plan consistía en hallar las herramientas para transformar un tipo de acción social tradicional, rural y particularista, por otra acorde con el desarrollo de una sociedad moderna, universalista, urbana y democrática. La unidad entre desarrollo económico, modernización social y modernización política otorgaría, según Germani, la legitimidad institucional al cambio social. A su juicio la tríada para institucionalizar un orden político democrático y participativo consistía en: 1) facilitar la organización racional del estado (en términos webe-

rianos), incluyendo una alta eficiencia en el cumplimiento de funciones estatales de expansión y cada vez más diversificadas, especializadas y centralizadas, propias de una sociedad industrial; 2) tener la capacidad de originar y absorber los cambios estructurales en las esferas económicas, política y social, manteniendo, al mismo tiempo, al menos un mínimo de integración; 3) lograr algún tipo de participación política de toda o de la gran mayoría de la población adulta.» (Germani, 1971: 19).

La influencia política de ambos sociólogos fue enorme. Los llamados gobiernos desarrollistas vieron en sus escritos manuales para la acción. Eduardo Frei Montalva, presidente de Chile (1964-1970) se transformó en el mejor pupilo, siendo el abanderado de una novedosa teoría: «la revolución en libertad». Nombre que buscaba hacer frente a la Revolución Cubana, de origen insurreccional, nacionalista, popular y antiimperialista. Frei Montalva quería marcar las diferencias y tomar distancias con una propuesta que ya en 1961 declaraba su carácter socialista. En otras palabras, Frei quiso ser un ejemplo para impedir que la experiencia cubana se extendiese por el continente. Cuba, considerada una enemiga de la democracia, fue expulsada de la OEA y sometida a un bloqueo económico, político y comercial, tras la crisis de los misiles.

Sin embargo, poco duraría la ilusión por construir regímenes democráticos en el marco de un capitalismo nacional e inclusivo. Todas las experiencias que se pusieron en marcha mostraron que capitalismo y democracia son incompatibles. Los golpes de

Estado dentro de la pax americana, iniciada con el alzamiento de Castillo Armas en Guatemala, derrocando al presidente constitucional Jacobo Arbenz en 1954 y la instauración en Paraguay de la dictadura de Stroessner dejaron al descubierto que la democracia no sería bienvenida, si con ello, las clases dominantes perdían el poder y el control político.

Las burguesías latinoamericanas nunca han aceptado el juego democrático, ni siquiera dentro de sus reglas. Sólo cuando ganan se mimetizan con ellas. El recurso al fraude es continuo. En 1958 la derecha chilena impidió el triunfo de Salvador Allende, y en México el PRI abortó el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, y en 2006, el PAN impidió que Andrés Manuel López Obrador accediera a la presidencia.

Por el contrario, no hay ningún caso, en todo el continente, donde la izquierda, cuando ha salido derrotada de las urnas, se diera a la innoble tarea de promover golpes de Estado. Su actitud ha sido democrática en forma y contenido. Sin olvidar que cuando a conseguido el triunfo ha respetado, por principio y convicción el orden constitucional. Por consiguiente, las reformas llevadas a cabo, una vez en el gobierno, se inscriben en convocatorias plebiscitarias, como lo demuestran los procesos constituyentes de Venezuela, Ecuador y Bolivia.

La decepción que mostró Germani, al darse cuenta que nuestras burguesías preferían las dictaduras a gobernar en democracia, le llevó a poner en entredicho la supuesta unidad entre desarrollo capitalista, modernización, democracia e integración polí-

tica. Las dictaduras militares de la seguridad nacional dieron al traste con la ilusión de un capitalismo nacional, progresista e integrador. Germani muestra su pesar poco antes de su muerte: «...me propongo desarrollar aquí que si bien la democracia moderna (es decir pluralista y extendida a todos los miembros de la sociedad sin exclusiones) halla su base teórica y práctica en la modernización y el desarrollo económico, estos mismos procesos —ya sea en su sentido dinámico, ya sea con referencias a las configuraciones estructurales que caracterizan a las sociedades modernas— encierran contradicciones intrínsecas que pueden en algunos casos impedir el surgimiento de regímenes democráticos, y en otro llevar a su destrucción.» (Germani, 1985: 25).

Pero será también Raúl Prebisch, un forjador del pensamiento social latinoamericano y articulador de la idea fuerza centro-periferia, quien irá más lejos. Atacado por tírios y troyanos, en 1981, señalaba la siguiente contradicción: «Tras larga observación de los hechos y mucha reflexión, me he convencido de que las grandes fallas del desarrollo latinoamericano carecen de solución dentro del sistema prevaleciente. Hay que transformarlo (...). Se está desvaneciendo el mito de que podríamos desarrollarnos a imagen y semejanza de los centros. Y también el mito de la expansión espontánea del capitalismo en la órbita planetaria. El capitalismo desarrollado es esencialmente centrípeto, absorbente y dominante. Se expande para aprovechar la periferia. Pero no para desarrollarla. Muy seria contradicción en el sistema mundial. Y muy seria también

en el desarrollo interno de la periferia. Contradicción entre proceso económico y proceso democrático. Porque el primero tiende a circunscribir los frutos del desarrollo a un ámbito limitado de la sociedad. En tanto que la democratización tiende a difundirlos socialmente. Y esta contradicción, esta tendencia conflictiva del sistema, tiende fatalmente a su crisis.» (Prebisch, 1981: 14).

El fin de la guerra fría atisbó otro horizonte. El capitalismo proclamaba a los cuatro vientos su victoria sobre el comunismo. La ideología de la globalización entró por la puerta grande y las luchas democráticas parecieron perder sentido. No más imperialismo, no más explotación, no más desigualdades. La democracia y la participación política no eran prioridades, podrían subsistir al interior de la nueva ideología de la globalización. La crítica a un Estado social del bienestar copa el debate. Había que facilitar el desarrollo de una sociedad fundada en la economía de mercado. Los derechos sociales y políticos pasaron a ser un estorbo y debían ser cuestionados. La ciudadanía democrática sobre la base de políticas públicas y sociales universales no tenía razón de ser. El Estado keynesiano benefactor fue el centro de los ataques. Ahora, quienes marcaban el tiempo del cambio, serán las grandes empresas y compañías transnacionales que pedían a gritos la desregulación, la privatización y una reforma del Estado acorde con las nuevas burguesías gerenciales y financieras. Lo más adecuado era despolitizar y buscar formulas de sumisión y conformismo social en sintonía con una floreciente economía de mercado. El neoliberalismo será el

recurso utilizado para llevar a cabo la tarea. La primera consecuencia será la pérdida de la centralidad de la política.

América Latina sufrirá la desarticulación de las redes sociales ciudadanas. A medio camino entre el fin de la guerra fría y la omnipresencia del neoliberalismo, las tres últimas décadas del siglo XX, siguieron la ruta de la represión, las privatizaciones, los recortes salariales, el desempleo, trabajo precario y la sobre-explotación. Fue un ataque a las clases populares acompañada de una labor despolitizante de las sociedades. La propuesta vino de la mano de la Trilateral. El capitalismo comenzaba a renegar de la democracia como un proyecto de construcción de ciudadanía política, restringiendo su definición a un mero procedimiento electoral para la gestión pública.

«Desde la óptica neoconservadora se sostiene, en defensa del sistema capitalista, que la crisis de la democracia, y su expresión más patente, que es la crisis de gobernabilidad, se debe a la multiplicación de demandas, tanto políticas como sociales que se dirigen al estado democrático y que van desde una exigencia caótica y descontrolada, por parte de los ciudadanos, de querer intervenir en todos los procesos políticos, hasta un incontenible aumento de los gastos públicos, en especial en educación y protección social. Todo lo cual, como defiende el informe de la Trilateral de Crozier, Huntington y Watanuki, no sólo hace inviable la satisfacción de una voluntad de continua participación política, que se compadece mal con la complejidad propia de las sociedades contemporáneas, sino que en el ámbito social no

puede, por razones económicas, responder de manera satisfactoria a tantas peticiones, lo que tiene como consecuencia la degradación de los servicios que presta. Degradación que genera un descontento, cada vez más amplio, entre los beneficiarios a los que se destina y que fragiliza el funcionamiento de las instituciones y reinstala, en el mismo cogollo, el cuestionamiento sobre la legitimidad democrática del sistema capitalista.» (Vidal-Beneyto, 2010: 54).

Pero también la izquierda cayó en la trampa. En su interior, lentamente fue creciendo la idea de considerar que la democracia es «una categoría exclusivamente ‘política’, en el sentido más restringido del término, que en última instancia remite a cierto tipo de relación entre Estado y ‘sociedad civil’, relación caracterizada fundamentalmente por la libertad de expresión, el pluripartidismo, la realización periódica de elecciones y la observancia de las normas previstas en los respectivos cuerpos legales, reglas de juego que en sí mismas me parecen positivas, pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde una u otra ‘orientación’». (Cueva, 1988: 12).

La pérdida constante de los derechos políticos de primera y segunda generación, en estos años que abren el siglo XXI, se traduce en un aumento exponencial de las desigualdades y la descohesión social. Las sociedades se hacen duales y la democracia se reduce a ser una técnica electoral, un procedimiento. Un cascarón vacío sin referentes a los sujetos que deben practicarlas,



en el espacio cultural, étnico, de género, político y económico. En otros términos una ciudadanía huera donde la única participación admitida consiste en la «libertad de elegir» en el mercado. Es la deriva del ciudadano al consumidor.

El primer gran enfrentamiento para imponer esta visión restringida de la democracia fue acuñar un relato *ad-hoc*. Dar un nuevo significado a la palabra democracia ha sido parte de una guerra teórica y política por controlar el mundo. Lanzar la propuesta no ha sido baladí. Tiene un doble objetivo, designar el mundo y asentar su significado. Transformar la democracia en un objeto de consumo social para organizar la vida cotidiana. El orden social neoliberal posee la facultad de construir conceptos y ponerlos a circular de forma rápida y eficiente. Cuenta con medios de comunicación y centros especializados de difusión.

Hay que garantizar que los consumidores compren democracia. Es un producto que no puede quedar arrinconado en las estanterías del lenguaje. Para que así sea, el concepto «*democracia*» debe ser atractivo, fácil de entender y digerir, sin reveses ni complejidades. Debe sobresalir entre otros conceptos competidores, justicia social, dignidad, ética. Contar una historia que dé cuenta de su importancia. Debe encajar en una sociedad de consumo caracterizada por un individualismo extremo. Hay que precisar y ajustar su significado, no pueden quedar flecos al albur de consumidores irresponsables. La democracia acaba por ser una sello como Nike, McDonald o Samsung. Se transforma en una marca.

Esta nueva realidad cae dentro de los llamados *storytelling*. Procesos consistentes en fabricar historias y formatear las mentes en las cuales no se establecen vínculos con el pasado, ni se apela a la memoria como parte del relato. El prototipo de *storytelling* busca imponer una realidad virtual y hacer que los sujetos vivan en ella como si se tratara de la realidad material. «Los grandes relatos que jalonan la historia humana, desde Homero hasta Tolstoi y desde Sófocles hasta Shakespeare, contaban mitos universales y transmitían lecciones de las generaciones pasadas, lecciones de sabiduría, fruto de la experiencia acumulada. El *storytelling* recorre el camino en sentido inverso: pega sobre la realidad unos relatos artificiales, bloquea los intercambios, satura el espacio simbólico con series y *stories*. No cuenta la experiencia pasada, traza conductas, orienta el flujo de emociones, sincroniza su circulación. Lejos de los recorridos del reconocimiento que Paul descifraba en la actividad narrativa, el *storytelling* establece engranajes narrativos según los cuales los individuos son conducidos a identificarse con unos modelos y conformarse con unos protocolos» (Salmon, 2008: 38).

En lo estratégico y a partir de la ideología de la globalización, la palabra democracia será un *storytelling*. Un producto publicitario, cuyo consumo será ofertado a los consumidores hasta que el incauto comprador se lo trague sin rechistar y sea un adicto. No cuestionará su significado, produciéndose un acoplamiento entre la marca de democracia y el consumidor. El resto es quimera. No hay más democracia que la derivada del

mercado. Es la guerra por la palabra, donde se «crean nuevos entornos híbridos, en el cual la apuesta principal del combate no es ya un campo de batalla real, sino un espejismo de signos: el de la guerra virtual en que se afrontan menos armas que datos, sistemas de descodificación de informaciones y guiones cuyo objetivo último es menos la aniquilación del enemigo que su construcción mítica» (Salmon, 2008: 181).

Esta construcción mítica copa el universo político. Los productores de la democracia de mercado se transforman en creadores de fantasías, efectos especiales y mundos virtuales. La democracia se reduce a su expresión menos significativa, una técnica electoral de elites destinadas a garantizar la gestión y gobernabilidad del Estado. De esta guisa acaban por ser consideradas democráticas prácticas abyectas donde prima la corrupción, el cohecho, la mentira y la impunidad, factores que marchan complementarios a la destrucción de derechos sociales, políticos, culturales, étnicos y de género. En otras palabras democracias sin ciudadanos y ciudadanías sin demócratas.

Si la palabra democracia, hoy en día, es tan laxa que permite adjetivar como tales actos ignominiosos y avalar la corrupción, se debe a su condición de ser en los hechos, una ficción. Al desligar la democracia de su práctica, y ser identificada como una marca de consumo, se puede prescindir de ella. El elevado índice de abstención y el hecho, según revela la encuesta de 2004 realizada por el PNUD con el título de *La democracia en América Latina*, que una parte importante de la población «estaría dispuesta a sacrificar

un gobierno democrático en aras de un progreso real socioeconómico» (PNUD, 2004: 11) demuestra cual es el estado de credibilidad de una democracia sin adjetivos, carente de vínculos sociales. Su fragilidad es notoria. Igualmente el rechazo hacia la acción política, contraparte del descrédito de la democracia sin adjetivos, trae efectos perversos y promueve la emergencia de gobiernos tecnocráticos, abriendo las puertas hacia un totalitarismo desmovilizador. Por ello, los nuevos gobiernos nacidos de las revoluciones ciudadanas, reivindican la política y rechazan la visión bastarda y corrupta ejercitada por los partidos tradicionales. No debemos olvidar que las tres revoluciones democráticas del siglo XXI en América Latina, Venezuela, Ecuador y Bolivia nacen abajo y a la izquierda, mostrando su hartazgo por la manipulación y la falta de democracia real dentro del capitalismo transnacional.

Han sido estas circunstancias, vender una falsa democracia representativa sin adjetivos, y cederle el control del poder político a los mercados y las transnacionales, el principal escollo para reconstruir una ciudadanía inclusiva desde la cual practicar la democracia. La primera damnificada es la política en sí, la cual a mor de ser vejada, pierde su centralidad y se traslada a la esfera secundaria de la gestión y administración pública.

Todo cambia de lugar. La legitimidad de la democracia representativa se reduce a convocar elecciones, abstrayendo si tales procesos garantizan, en los hechos, la presencia de todas las opciones en igualdad de oportunidades, si se ejerce un control sobre

los fondos y donaciones a los candidatos y partidos, o si los futuros alcaldes, diputados, senadores o presidentes están imputados por delitos de corrupción, tráfico de influencias, etc.

Preocupados por conseguir que el proceso se cumpla, no les preocupa, a las élites políticas, los altos índices de abstención. En la actualidad es suficiente, para sentirse legitimado, ser electo con menos del quince por ciento del electorado real, pero que, de acuerdo a los votos emitidos, supone obtener un cuarenta por ciento del total. El caso de Sebastián Piñera en Chile y de Mariano Rajoy en España, son ejemplares. Con mayorías en las urnas no acumulan un porcentaje superior al treinta por ciento de la población electoral en términos absolutos. Un fraude que logra imponerse en las mentes de los consumidores de votos, confundiendo mayorías parlamentarias con legitimidad democrática. Tampoco el consumidor de la democracia de mercado se detiene en analizar la historia política de los candidatos. Los partidos presentan en sus listas imputados por delitos de corrupción, lavado de dinero y malversación de caudales públicos, eludiendo la acción judicial, al menos mientras ostente cargo público.

El capitalismo absorbe y vive con la corrupción, haciéndola funcional a su sistema organizativo. Todo un logro. Ni qué decir tiene que esta práctica de llevar en las listas a delinquentes se multiplica y crece en los países occidentales y su entorno. Un caso especial, en estas últimas décadas, lo constituye Italia. La asociación *Manos Limpias* que reunía a jueces y fiscales italianos, redactó un

informe sobrecogedor en el cual señalaba el estado de la justicia y la política en los años noventa.

«En 1992 había un total de seis mil cincuenta y nueve imputados —por delitos de corrupción— entre los cuales 438 eran diputados y senadores de un total de novecientos, 873 empresarios, mil 373 empleados de partidos políticos, 978 funcionarios públicos y 2 mil 993 personas en prisión preventiva. Ya en 1994, estaban procesados dos terceras partes de los diputados italianos. Sin embargo, las instituciones permanecieron en pie y, para que no hubiese dudas, en 1995 se comenzó a despenalizar las conductas por corrupción. Durante los cuatro años de lucha generalizada contra la corrupción, hasta 1995, antes que el proceso diera marcha atrás, y se despenalizaran las conductas por corrupción e inicien las medidas de gracia generalizada. El aeropuerto de Milán cuya terminal se había adjudicado en el año 1991 por 3.2 billones de liras, la misma obra terminó siendo ejecutada, por 1.3, es decir la tercera parte. La obra de un kilómetro de metro suburbano que en 1991 valía 227 millones, cuatro años después valía 97... En las elecciones de 2001, hay 24 diputados electos que estaban de antemano condenados con sentencia firme por corrupción, de ellos 23 están en el partido de Berlusconi y 61 diputados que estaban en juego en la región de Sicilia, todos, los 61, fueron por ese partido» (Castresana, 2002)

En América Latina los casos se multiplican. México, Colombia, Haití, Honduras, Nicaragua, Guatemala, Perú o Brasil. No hay escapatoria. En Chile, todavía está vi-

gente la Constitución redactada por la dictadura, y se habla de orden democrático. En el senado y la cámara de diputados conviven torturadores y responsables de crímenes de lesa humanidad. Los escándalos de corrupción no paran de aflorar. Cuando esto ocurre sólo cabe una conclusión. La democracia no existe y se contrae a una realidad virtual, a ser un amasijo simbólico que se identifica con edificios, sillones, coronas, parlamentos, bandas presidenciales, urnas, votos y padrones electorales. Inclusive, las libertades fundamentales consideradas el factótum de la democracia representativa, como son la de reunión, expresión y asociación, son perseguidas bajo la égida de criminalizar los movimientos sociales.

Homologada, la democracia, con la existencia de una supuesta democracia de mercado, se impulsan reformas para legitimar las estrategias neoliberales de modernización, donde impera metafóricamente la mano invisible de la oferta y la demanda. Quien más claro expresó este principio fue Ludwig Von Mises. «La democracia de mercado se desentiende del verdadero mérito, de la íntima santidad, de la personal moralidad, de la justicia absoluta. Prosperan en la palestra mercantil, libre de trabas administrativas, quienes se preocupan y consiguen proporcionar a sus semejantes lo que estos, en cada momento, con mayor apremio desean. Los consumidores, por su parte, se atienen exclusivamente a sus propias necesidades, apetencias y caprichos. Esa es la ley de la democracia capitalista. Los consumidores son soberanos y exigen ser complacidos» (Von, 1983: 57).

Así, los hacedores del orden sistémico proceden a dar otra vuelta de tuerca, travistiendo la noción de bien común que acompaña el concepto de democracia representativa. Ahora, debemos entenderlo como acción de obediencia y sumisión al Estado y su razón. La criminalización de los movimientos sociales de indignados y de movimientos ciudadanos corroboran la impronta en esta dirección. La consolidación de un poder totalitario que trata de silenciar las reivindicaciones democráticas, aplicando leyes anti-terroristas o de seguridad nacional es complementario al control y la manipulación de los hechos realizados por los medios de comunicación social en manos del capital transnacional. Poco se escribe en la prensa global, de las luchas del pueblo Mapuche en Chile y en Argentina, de los Zapatistas en México, Mayas en Guatemala, Cunas en Panamá o de los cientos de asesinados, bajo la denominación de «falsos positivos» en Colombia. La criminalización ha sido la respuesta y con ello el asesinato y la represión.

En este contexto, la democracia sólo puede ser interpretada como un obedecer, cumplir y acatar la ley en pro de la razón de Estado. Ya no existen ciudadanos, sólo operadores sistémicos adscritos a una economía de mercado que los atrapa y absorbe. Consumidores recurrentes. Sumisión y control en el interior de un Estado neo-oligárquico y totalitario cuyos dispositivos de seguridad garantizan el uso de la violencia para reprimir las luchas democráticas. Así se cierra el círculo de la democracia de mercado, donde los presidentes, jefes de gobierno y Estado

son operadores del sistema. Sujetos grises que cumplen una función reproductiva. Nunca mejor entendido el sentido despolitizante que hoy cubre el quehacer del proceso de decisiones.

La democracia, así entendida, desvinculada de cualquier práctica social rompe y desarticula la ciudadanía política; iniciándose un proceso de despolitización cuyo objetivo es crear un modelo único de democracia. Así, las luchas democráticas se descontextualizan bajo la existencia de un parámetro de medida coincidente con el capitalismo realmente existente. De tal forma que aquellas que no caen en el campo de condiciones son rechazadas y expurgadas como luchas anti-sistémicas, cayendo las reivindicaciones democráticas de las clases sociales explotadas y dominadas, en el saco roto de las propuestas utópicas e inviables. Las luchas democráticas son secuestradas por las burguesías e interpretadas como parte de su propia trayectoria política, adscribiendo a su haber la consecución de los derechos sindicales, el descanso dominical o las vacaciones pagadas.

Desacreditado el sujeto popular de las luchas democráticas y su complemento, el despliegue de la ciudadanía plena, la democracia se configura como un amasijo de reglas de juego, y procedimientos *ad-hoc* para el buen funcionamiento de las instituciones del Estado, privilegiándose el sentido tecnocrático y «apolítico» del proceso de toma de decisiones. Tras décadas y con el aval internacional de ideólogos, publicistas y teóricos pagados por las transnacionales, esta definición es considerada la quinta

esencia de la democracia global mundial.

Para hacer posible su éxito y mantener el sentido de la propuesta universal, el sistema, mediante el estilo de capitalismo transnacional, se sirve de un tipo de comportamiento social complementario, el social-conformismo, cuyo rasgo más destacado consiste en adoptar conductas inhibitorias de la conciencia y de la voluntad en el proceso de toma de decisiones. Su articulación está guiada por valores y símbolos que tienden a justificar la sumisión al poder.

El conformismo social actúa en todas las esferas de la vida cotidiana, públicos y privados. Podemos reconocer su presencia en un sinnúmero de actitudes. Ejemplo de ello es la desazón que produce asistir obligadamente a un sinnúmero de actividades contrarias a nuestros principios sólo por no tener problemas y abrigar una vida complaciente. Mentimos y nos justificamos para tranquilizar la mala conciencia. Construimos una realidad virtual donde el objetivo principal es vivir al margen del tiempo social y político, como un autista o idiota social.

Dos ejemplos de este comportamiento social-conformista que inhibe la conciencia y facilita la sumisión al poder del sistema, son la guerra y la explotación capitalista. El primero, consiste en entender la guerra como un juego de estrategia donde se gana o se pierde y cuyas reglas internas deben cumplirse a rajatabla si queremos sea legítima. ¿Cómo, si no, explicar la existencia de las fuerzas armadas, el armamentismo y la OTAN?. Guerras bien organizadas, perfectas y limpias moralmente, es el gran deseo de los generales y guerreros profesionales. Apli-

car los tratados internacionales en vigor, fusilar sólo a los espías y traidores y matar con disciplina supone cumplir con el deber. Igualmente, el buen soldado respeta las normas. Si una de las partes no cumple puede ser penalizada y acusada de crímenes de lesa humanidad. ¿Guantánamo?. Y si por algún caso excepcional, es necesario saltarse las reglas, bombardeos a campamentos de refugiados, hospitales, colegios, etc., estos excesos pasan a ser considerados en la categoría de efectos no deseados de la acción, daños colaterales. En el segundo ejemplo, la relación unívoca existente entre explotación y capitalismo, es mejor ocultarla por vía de múltiples mediaciones. Debemos hablar de racionalidad económica, competitividad y trabajo productivo, medios de disposición, excedente, etc. Reconocer las relaciones sociales de explotación al interior del capitalismo no lleva a ninguna parte. Por el contrario, es mejor acercarnos a él bajo la premisa de ser un orden social solidario y armónico, donde no existen clases sociales y por consiguiente tampoco la lucha de clases. El fin del capitalismo es noble y consiste en la creación de riqueza social. La competitividad debe ser aceptada como el estado de naturaleza perfecto para vivir en el interior de la democracia de mercado. Un orden perfecto, en el cual, se produce la deshumanización completa de la condición humana que une lo biológico y lo social bajo el sentido ético de la vida en común.

«No ver la identidad entre acción y conocimiento, no ver que todo acto humano, al traer un mundo a la mano en el lenguaje, tiene un carácter ético porque

tiene lugar en el dominio social, es igual a no permitirse ver que las manzanas caen hacia abajo. Hacer tal, sabiendo que sabemos, sería un autoengaño en una negación intencional.» (Varela y Maturana, 1991: 25).

El conformismo social anida en estructuras mentales de carácter complaciente, mutando la condición humana y negando la naturaleza ética del ser social en favor de un sujeto competitivo y autodestructivo. Podemos ejemplificar lo señalado, haciendo referencia al dopaje en el deporte de élite. Tanto en las especialidades individuales como de equipo, la necesidad de ganar a toda costa, puede conducir a ingerir fármacos que alteren la estructura muscular, aumenten la capacidad pulmonar y la concentración. Hoy en día, esta manera ilícita de obtener triunfos es aceptada como un apéndice del deporte de alta competición, lo importante es dar negativo en los controles anti-doping. La gloria, el éxito momentáneo es suficiente. Si al cabo de los años, el deportista muere por los efectos secundarios de las ingestas, la gente lo recordará como un atleta ganador, no como drogadicto.

El conformismo social teje redes independientemente de las ideologías, formas de vida, y clases sociales, posee un elevado grado de cobertura. A diferencia de otros comportamientos sociales, cuyas estructuras mentales potencian el desarrollo de la creatividad e imaginación, las estructuras mentales del conformismo social se basan justamente en lo contrario, inhibirlas. La destrucción de los principios éticos, la conciencia y la moral permiten el surgimiento de la personalidad y carácter cobarde. El nuevo

leviatán se apropia de la conciencia haciendo que los individuos entreguen su voluntad de actuar, como de pensar, al orden sistémico. El yo ético, consciente, es reemplazado por un yo generalizado y un alter ego auto-complaciente. Lentamente carcome la voluntad, inhibe la conciencia y destruye los valores éticos. La destrucción de estos tres factores hacen posible la aparición de un sujeto sin responsabilidades, lleno de culpas y sumido en un autismo social, sin capacidad para resistir, luchar, base del carácter flexible y amorfo, dócil, maleable y sobre todo pragmático. Bajo estas circunstancias, el imaginario social que proyecta un orden social-conformista cubre el conjunto de actividades y conductas dentro del sistema social, desde las económicas a las culturales, pasando por las de género, étnicas, familiares, morales y religiosas.

Las estructuras mentales del conformismo-social construyen una relación social definida por la sumisión. Presenta una acción social destinada a ser compatible y asimilable dentro de los códigos de una economía de mercado. Sus referentes en el campo de la psicología y la sociología, son el conductismo, la teoría de la acción comunicativa, la pragmática social y lingüística, su función es reforzar los valores que retroalimentan la lógica autocomplaciente de los individuos que viven en el interior del capitalismo transnacional.

La inhibición ética y la falta de compromiso social facilita desplegar una acción social que vuelve la espalda al mundo, convirtiendo al ser humano en un ser movido por las paradojas de la acción. Nos entriste-

ce la injusticia, la esclavitud infantil, la venta clandestina de órganos humanos, el comercio de menores, la trata de blancas, la muerte por hambre y las guerras bastardas. Llegamos a encolerizarnos cuando vemos los horrores de la tortura. No soportamos a dictadores, y la arbitrariedad. Defendemos el medio ambiente y la naturaleza. Nos identificamos con las causas justas y valoramos la amistad, pero lamentablemente no podemos hacer nada para cambiar el mundo. Sólo nos queda entristecernos y vivir lo más placenteramente posible.

Nos convencemos de la paradoja del conformismo-social, negando la ciudadanía política. En tal lógica, el aumento de los idiotas sociales va en aumento, representan los nuevos consumidores con sus pasiones y apetitos. Se sienten realizados al comprar en las grandes superficies comerciales. El idiota social no contempla una acción cívica, comprometida y de resistencia. Si le acosan en el trabajo, si sufre violencia de género, explotación de clase, alienación social, no acudirá a la acción colectiva, optará por la solución individual. No posee dignidad, ni voluntad, es un consumidor de los pies a la cabeza, un idiota social adicto al mercado y desafecto de la política.

Pero el idiota social, se muestra amante de la democracia y respetuoso de la libertad, la suya y la ajena, siempre y cuando no ponga en cuestión sus intereses. Si actúa de forma altruista, considera que debe ser recompensado. Se adhiere a la «teoría publicitaria» de la gallina y el huevo: pone un huevo y cacarea. Desea sobresalir, hacerse notar. Actúa por interés. Vicios privados, virtudes

públicas, así bautizó Mandeville al comportamiento humano en el enjambre humano. El interés particular mueve al mundo y nosotros lo hacemos a su ritmo.

En una especie de locura colectiva, damos cabida a comportamientos antidemocráticos, racistas, xenófobos, autoritarios. Somos recipientes vacíos que pueden ser llenados a discreción por los operadores del sistema. Nos conformamos con no sufrir sobrecargas ni rebasar el límite. No llegar al límite de la saturación. Tratamos de justificarnos por medio de largas explicaciones argumentadas «racionalmente». Con esta actitud queremos informar a nuestros «iguales» de la renuncia a la autonomía personal y a participar en la construcción de alternativas que pongan en cuestión el orden establecido.

Queremos que todos imiten nuestro comportamiento, sean complacientes. Es la manera más cómoda de renunciar al ejercicio ciudadano. Se busca una justificación, un tranquilizar la mala conciencia, para discurrir por una deriva de individualismo extremo que culmina con la formación de la moral corrupta. Es más práctico pensar como vives que vivir como piensas. Para cuatro días que estamos en el mundo es mejor ganar dinero y asumir posiciones nihilistas. Así, la vida transcurre entre dar rienda suelta a las pasiones y los deseos hedonistas del disfrute del cuerpo y el placer del dinero.

Puestos en este campo de condiciones, la esfera pública desaparece del horizonte. La responsabilidad social se diluye bajo la premisa: «los seres humanos somos por naturaleza egoístas, constituye un lobo para el

propio hombre.» Repetimos, tantas veces como sea necesario el enunciado hasta convencernos y renunciar al compromiso político de reivindicar la acción democrática anclada en la alteridad y la diferencia. En otros términos renunciamos a ser demócratas. Ciudadanos sin ciudadanía. Es la forma perfecta para iniciar el camino del olvido, despojarnos de la memoria histórica y negar el contenido ético de la conciencia. Si en ocasiones, se presenta y nos juega una mala pasada, la acallamos. La química farmacológica hace maravillas. Tiene respuesta para todos los males de conciencia. Y el sistema nos ayuda en esta difícil labor.

En momentos de elevada participación política y conciencia social, el imperialismo y los poderes facticos dependientes de la razón de Estado han potenciado el consumo, entre la juventud, de estupefacientes, como parte de la guerra para adormecer la conciencia y despolitizar la sociedad. Pero tampoco han desperdiciado el campo abierto por las nuevas tecnologías. Los videojuegos se han constituido en una eficaz herramienta para potenciar conductas social-conformistas y agresivas, con programas donde la muerte, la competitividad, el éxito personal se premia y satisface al consumidor de PlayStation.

Sabemos que tenemos conciencia y que su uso genera conflictos. Su función es poner en blanco y negro nuestras contradicciones. El imperativo categórico. Una vez que conocemos no podemos dejar de actuar. El conocimiento del conocimiento obliga. Si conocemos quiénes son corruptos, cometen abusos de poder o violencia de género, y si no



lo denunciamos nos hacemos cómplices de la injusticia. Si optamos por el silencio se rompe el compromiso democrático y el juicio reflexivo. Optar por la cobardía intelectual es renunciar al compromiso político ciudadano.

De esta manera se vive entre el miedo a ser demócratas y el acatamiento del orden sistémico. La conciencia nos abrumba. Nos problematiza y se muestra contraria a nuestros deseos inmediatos, obligando a decidir entre nuestros intereses y la responsabilidad social. Para este capitalismo depredador y excluyente, es necesario acallarla y silenciarla y si es posible eliminarla por completo al precio que sea. Y no escatimará esfuerzos para lograr su objetivo. Que el sujeto no piense, que actúe, que sea receptor de códigos, que se comporte como un operador sistémico. Una especie de robot alegre sumiso al amo, que se limite a obedecer órdenes. El capitalismo trabaja incesantemente para obtener un éxito total y de esta manera aniquilar la alternativa democrática y despojar al sujeto de la ciudadanía política. No por casualidad los videojuegos y pasar horas enteras frente a los ordenadores, recreando una realidad virtual facilita el control del sistema, además de reproducir los comportamientos considerados acordes con el buen consumidor. El capitalismo sabe lo que hace. No improvisa. Aunque no puede prever el futuro, intenta por todos los medios, evitar su colapso, simulando controlar todos y cada uno de los movimientos que se producen en el interior de sus tripas.

La solución final del capitalismo es crear autómatas, operadores sistémicos sin inteli-

gencia, imaginación y menos pensamiento reflexivo. Los resultados son catastróficos, sólo pueden prosperar consumidores compulsivos e idiotas sociales bajo el cuerpo de un individuo egoísta y nihilista.

En definitiva, la lucha que libramos tiene como norte recuperar la fuerza creadora de la acción política, rescatarla de los mercados y el capital financiero, devolviéndose su centralidad que no debió perder en favor de las burguesías gerenciales. Aquellos que planifican nuestra existencia desde la cima del capitalismo, las élites de las clases dominantes, son quienes niegan el ejercicio de la democracia radical y cuestionan la existencia de una ciudadanía responsable, presentando el conformismo social como una actitud libre de ataduras éticas, y ajustada al mundo actual donde transcurre la vida cotidiana de los consumidores.

Este conformismo social se acompaña de un discurso sofista y una teoría chatarra. Ideas de usar y tirar. Ajustadas a modas que aclaman el advenimiento de la democracia de mercado e inculcan los valores de la globalización, proponen actuar sin pensar. Nos dicen que el mundo del siglo XXI está diseñado, que no hay alternativas, sólo alternancia. Buscan denodadamente una renuncia explícita al ejercicio democrático del poder. Son conscientes de la batalla que libran y no cejan en su empeño por destruir y arrinconar las luchas ciudadanas, criminalizando a sus defensores y desarticulando sus redes sociales. Para lograr el objetivo disponen de ideólogos institucionales, asesores que actúan como reproductores de sus planes y proyectos de control social. Son los

«intelectuales Petrobras», «Repsol», «Telefónica» o «Santander». Reciben los dineros para defender los beneficios de la empresa privada, desde posiciones supuestamente progresistas, publicar enciclopedias, libros y mantener sus centros académicos; a cambio sólo tienen que vender su dignidad y tener una fidelidad perruna, y lo consiguen. Hoy, por ejemplo, podemos comprobar cómo, en España, fundaciones financiadas por Repsol YPF, pone a historiadores, sociólogos, publicistas, politólogos y economistas, supuestamente independientes, a criticar las políticas nacionalizadoras y las expropiaciones que están produciendo en América Latina en Argentina, Venezuela y Bolivia. Sus discursos copan los medios de comunicación, no hay una visión alternativa, directamente la han eliminado. Como si no existiera.

Por suerte, el poder omnímodo olvida que no todos se dejan seducir por el brillo del oro. No todos quieren vivir bajo el lujo de grandes apartamentos en Santiago, Buenos Aires, Río de Janeiro, Madrid o México. Aún sobreviven los verdaderos intelectuales y no renuncian a su noble labor. Su tarea consiste en desnudar las interioridades del poder anti-democrático, cuestionar la razón de estado y asumir la responsabilidad de su denuncia. No olvidemos que fue Emile Zola en su carta redactada en 1898, dirigida al entonces presidente de Francia, Félix Faure, conocida como «Yo Acuso», el punto de partida del quehacer intelectual público. Zola, puso al descubierto la mentira que condenaba por traición al capitán Alfred Dreyfus, y llamó a los escritores, los científ-

cos, los actores a participar en la vida pública, defender la justicia y decir la verdad. «El acto que realizo aquí es sólo una forma revolucionaria de adelantar la explosión de la verdad y la justicia. Sólo tengo una pasión, la de la luz, en nombre de la humanidad que ha sufrido tanto y tiene derecho a la felicidad. Mi protesta ardiente es sólo clamor de mi alma. ¡Que alguien se atreva a hacerme comparecer ante un tribunal y que el juicio tenga lugar a la luz del día! Estoy a la espera.» (Zola, 1998: 97 y 98).

En esta pugna contra el pensamiento y la teoría chatarra, las luchas democráticas constituyen un enfrentamiento por abrir y conquistar espacios políticos de ciudadanía plena en todos los órdenes institucionales y las estructuras de dominación. En su interior se articulan fuerzas políticas contrapuestas, con proyectos encontrados. Unas construyendo ciudadanía democrática y otras impidiendo su formación. Ambas combaten de manera irreconciliable y con horizontes antagónicos. La lucha democrática presupone la emergencia de sujetos históricos, cuyo poder es asimétrico y determinado por el lugar que ocupan en la estructura social. No sólo se presenta entre clases sociales, dominadas y explotadas, en la lucha democrática emergen movimientos sociales, de resistencia, articulados a la sociedad civil, cuyo nexos es compartir una posición subalterna y marginal en el proceso de toma de decisiones.

La construcción y luchas por articular una ciudadanía democrática está inmersa en la lógica de la contingencia, sufre vaivenes y según las coyunturas puede desatar fuerzas reaccionarias antidemocráticas tendentes a

iniciar un proceso de involución política de impredecibles consecuencias en el medio y largo plazo. Un ejemplo lo constituye Chile y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 que derrocó al gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende y conllevó la instauración de una de las tiranías más sanguinarias del siglo XX, encabezadas por el general Augusto Pinochet Ugarte.

La configuración de una alternativa democrática trae consigo tensión y conflicto, generando su propia dinámica histórica. No hay modelos de democracia, hay procesos democráticos. En la actualidad, nos encontramos con países donde se cierran espacios democráticos y se restringen derechos ciudadanos y otros donde se crean, abren y amplían. En ambos casos tenemos ejemplos. Para el primero, nuevamente Chile, México, Colombia o Panamá, se caracterizan por tomar decisiones abiertamente antidemocráticas. Para el segundo, tenemos la revolución ciudadana en Ecuador, la revolución Bolivariana en Venezuela o la construcción de la ciudadanía plurinacional emergente en Bolivia. En el medio un sinfín de casos como Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, Nicaragua, El Salvador, Perú o República Dominicana. Por ello la democracia no es un modelo es una práctica plural y social de control y del ejercicio del poder para crear ciudadanía y producir sujetos autónomos con libertad de realización.

Las experiencias democráticas están ligadas al desarrollo y conjunción de múltiples factores, entre otros, podemos destacar la lucha de clase, el devenir de la sociedad civil y sus movimientos de resistencia, las formas

institucionales de representación política, los mecanismos represivos que facilitan o dificultan el avance de las fuerzas democráticas, a la memoria histórica, sometida a procesos de negación y bloqueo o reconocimiento y articulación de sujetos transformadores.

Por consiguiente, en la actualidad, un proyecto alternativo democrático, consiste en rescatar y no permitir que el pensamiento neoliberal niegue la posibilidad de otro horizonte histórico que no sea el adosado al capitalismo transnacional. Bajo esta condición, la lucha teórica adquiere una gran importancia, ya que el proyecto democrático conlleva pensar una agenda con objetivos distintos a los defendidos por los ideólogos del neoliberalismo. No podemos dejar que el concepto de democracia caiga en manos de sus detractores, deformando su significado, al extremo de no reconocer sus principios. La democracia no forma parte del ideario del capitalismo, ni en su teoría ni en su práctica, más bien lo contrario, le resulta incómoda y debe convivir con ella a regañadientes. En el capitalismo se entienden y expresan las luchas democráticas, pero no forma parte de sus principios. En cuanto puede, el capitalismo se desprende de ella, tal y como lo podemos comprobar en la actualidad.

La democracia hace parte de un proyecto libertario, anticapitalista, cuyo valor estratégico consiste en desplegar las facultades que hacen posible la realización del sujeto en el espacio colectivo. Por ello tiene un carácter social irrenunciable. En democracia no se puede hacer lo que se quiere. La democracia

presupone un límite coactivo. Al decir del EZLN, *la democracia es mandar obedeciendo*.

Sin democracia no hay acceso a la justicia social, y por ende a la dignidad bajo la forma de ciudadanía plena. La democracia es una forma de vida. Si no se ejercita, muere. Articula conflictos y disensos. Es poder constituyente «que irrumpe, quebranta, interrumpe, desquicia todo equilibrio preexistente y toda posibilidad de continuidad. El poder constituyente está ligado a la idea de democracia como poder absoluto. Es por consiguiente, el del poder constituyente, como fuerza impetuosa y expansiva, un concepto ligado a la pretensión social de la totalidad democrática. La pretensión del constitucionalismo de regular jurídicamente el poder constituyente no sólo es estúpida por pretender, y conseguir, dividirlo. Lo es, sobre todo, por pretender bloquear la temporalidad constitutiva. El constitucionalismo es una doctrina jurídica que conoce solamente el pasado, es una continua referencia al tiempo transcurrido, a las potencias consolidadas y a su inercia, al espíritu replegado. Por contra, el poder constituyente es siempre tiempo fuerte y futuro.» (Negri, 1994: 29).

La democracia tiene un componente ético irrenunciable. Su explicación se relaciona con sus consecuencias. En eso consiste ser demócrata. Asumir la responsabilidad de los actos que se realizan. No hay eximentes. En democracia es obligado cumplir con lo pactado. Debe ser pensada globalmente en todos sus órdenes: el político, donde se debate sobre la distribución del poder; el social, donde se plantea la identidad colectiva y la inclusión; el económico, donde se trabaja la

distribución y acceso de bienes, el cultural, con los derechos de educación, arte, deporte, ciencias; el étnico, donde la democracia adquiere la potencialidad de ser articuladora de la diferencia. No es lo mismo *representación democrática* que «democracia representativa». La ciudadanía democrática no es un estatus concedido graciosamente por el Estado, es una existencia en la alteridad y la diferencia.

Una de las experiencias más novedosas de articulación democrática viene de la mano del EZLN. Su aparición supuso un punto de inflexión en la lucha contra el neoliberalismo y en defensa de la humanidad. A partir de 1994 no se pueden entender, al menos en América Latina, las luchas democráticas sin el aporte del EZLN. Emerge con un nuevo lenguaje, y plantea otra forma de comprender y practicar la democracia. Realiza la primera gran crítica a un orden neo-oligárquico que mantiene secuestrada la democracia. El llamado a construir un nuevo orden social, inclusivo, con justicia social, dignidad y democracia al margen del neoliberalismo, es digno de ser tomado como uno de los aportes más importantes que se han realizado en la articulación de un proyecto democrático.

La alternativa renace y se articula, renovando el discurso anticapitalista y la lucha antiimperialista. La búsqueda por construir una ciudadanía, donde se reconozcan los derechos individuales y sociales, los económicos y los de género, tanto como los étnicos y culturales, hacen repensar el propio sentido de la nación y el Estado. Supone incorporar la lucha contra el colonialismo interno.

El EZLN no fue una explosión étnica, fue el grito ¡ya basta! al neoliberalismo. Una lucha por la soberanía nacional, contra el fraude, los gobiernos ilegítimos. La propuesta recuperó la alternativa y la ilusión. La democracia se repensaba en otro espacio, abajo y a la izquierda. Razón suficiente para concebir el proyecto democrático como parte de la construcción de la dignidad, la rebeldía y el compromiso con la defensa de la humanidad.

A fines del siglo XX, la experiencia del EZLN no estuvo sola. Estalla el desborde popular. El triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, supuso el fin de una idílica etapa de neoliberalismo sin contrapesos. La caída del gobierno argentino en 2001, seguida por un conjunto de revueltas populares pusieron en cuestión a los gobiernos neoliberales en Ecuador y Bolivia. Sus presidentes caían a manos de movimientos políticos y sociales nacidos en los extramuros del sistema. Una nueva izquierda anticapitalista gana elecciones y se da la tarea de construir un nuevo orden social. Los procesos constituyentes marcarán esta etapa. El Sumak Kawsay, la dinámica del Buen vivir, el reconocimiento de los derechos de la naturaleza, de los pueblos originarios, y la concepción de una ciudadanía inclusiva son referentes de una democracia radical. Continuos procesos electorales y referéndum demuestran un nuevo espíritu donde la dignidad es el principio fundante de la democracia como forma de vida.

Desde las primeras luchas por conquistar la ciudadanía política a fines del siglo XIX, hasta la actualidad, donde los derechos sociales, políticos, económicos, de género y étnicos, son reivindicados como una parte

inherente al proceso democrático y construcción de ciudadanía plena, transcurre una larga historia. Nada es lineal, coexisten proyectos antidemocráticos, como el chileno, donde sigue vigente la constitución de Pinochet, con proyectos de control subimperialista encabezados por Brasil, y gobiernos contrainsurgentes como los instalados en México y Colombia.

La degradación del medio ambiente, el deterioro en la calidad de vida, la desertización y deforestación, la privatización de los recursos naturales como el agua, las consecuencias del calentamiento global, el uso de transgénicos y la disminución de la diversidad alimentaria con el establecimiento de monocultivos como la soja, y los transgénicos, son otras tantas reivindicaciones que se suman y redefinen la democracia y el sentido de la ciudadanía. El nacimiento de movimientos sociales globales que defienden la producción agraria sobre bases sostenibles dan un impulso a la lucha democrática contra las transnacionales de la agroindustria. Vía Campesina es parte de ese proyecto democrático que busca acabar con el latifundismo. Las constituciones más avanzadas del mundo coinciden con los procesos democráticos constituyentes iniciados en Venezuela, Ecuador y Bolivia.

No cabe duda que las luchas ciudadanas se nutren de todas las experiencias que han ido moldeando la alternativa democrática, socialista y antiimperialista. América Latina está a la cabeza de los cambios. Pero también es un laboratorio para el desarrollo de nuevas propuestas desestabilizadoras destinadas a hacerlas fracasar. En esta lógica, las

clases dominantes no escatiman esfuerzos, rescatan los golpes de estados y se atrincheran en el discurso anticomunista de guerra fría para quebrar el orden constituyente. Desestabilizar Venezuela, Bolivia y Ecuador, marca la agenda de las burguesías transnacionales. No cejarán en su empeño. Como no lo han hecho en Cuba. Donde los Estados Unidos, gobiernen demócratas o republicanos, su establishment mantiene el bloqueo

económico y comercial, en complicidad con sus aliados europeos, a pesar que América Latina clama al completo por su fin. Hoy, el proyecto democrático y la construcción de ciudadanía plena conlleva plantearse la reflexión que sitúe en la agenda, la construcción de horizonte de paz, justicia social y dignidad, propuesta, se quiera o no, incompatible con el capitalismo depredador y excluyente. Este es el verdadero dilema. §

#### BIBLIOGRAFÍA

- Castresana, Carlos (2002) «Democracia y división de poderes»; en Polo, Pere (Coord.): *Educación, Globalización y Democracia*. STEI, Palma de Mallorca.
- Connell-Smith, Gordon (1966) *El sistema interamericano*. FCE. México.
- Cueva, Agustín (1988) *Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica*. Planeta, Ecuador.
- Germani, Gino (1971) *Sociología de la modernización*. PAIDOS, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1985) «Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna»; en: *Los Límites de la democracia*. VV.AA. Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 1985. Vol I.
- Insulza, José Miguel (1984) «La primera guerra fría: percepciones estratégicas de la amenaza soviética»; en Maira, Luis: *Estados Unidos. Una visión latinoamericana*. FCE. México.
- Medina Echavarría, José (1980) *Sociología latinoamericana*. EDUCA, san José Costa Rica, 2ª edición.
- Negri, Toni (1994) *El poder constituyente. Ensayos sobre alternativas de modernidad*. Ediciones Libertarias. Madrid.
- PNUD, (2004) *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*. Buenos Aires.
- Prebisch, Raúl (1981) *Capitalismo periférico. Crisis y Transformación*. FCE. México.
- Salmon, Christian (2008) *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*. Editorial Península. Madrid.
- Saxe-Fernández, John (1971) *Proyecciones hemisféricas de la pax Americana*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Varela, Francisco y Maturana, Humberto (1991) *El árbol del conocimiento. las bases biológicas del conocimiento humano*. Debate., Madrid.
- Vidal-Beneyto, José (2010) *La corrupción de la democracia*. Madrid. Libros de la Catarata.
- Von Mises, Ludwig (1983) *La mentalidad anticapitalista*. Fundación Cánovas del Castillo, Madrid.
- Zola, Emile (1998) *Yo acuso*. Ediciones Viejo Topo. Barcelona.